

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montolla y Garcia, Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Jueves 21 de Febrero.

El Eco de Cartagena

LA MARINA DE GUERRA.

VI.

Ya hemos visto lo que ha sido la Marina de guerra considerada como la égida de la navegacion mercantil y de nuestras costas, lo mismo en uno que en otro hemisferio; es decir: bajo las exigencias de la naturaleza y de una necesidad absoluta; imprescindible, cuanto se hace preciso, si el mútuo cambio de pueblo á pueblo de la produccion y de la industria habia de tener sus corrientes de trasmision por la superficie de las aguas; si los tesoros coloniales habian de llegar hasta nosotros, y que nuestras costas no fueran para los berberiscos lo que despues del Senegal y de Guinea para los traficantes negreros. Si la juzgamos en el órden político, acaso no nos equivoquemos si sentamos como principio que nuestra importancia nacional estuvo siempre en una proporcion relativa con el número de sus cañones. Mientras tuvimos escuadras con que poblar los mares, fuimos grandes, respetados y temidos; ninguna otra influencia pesó tanto como la nuestra en los destinos del mundo; naciones que hoy llevan la batuta en la política europea, juguetes fueron de aquella otra cuyas aspiraciones tendieron nada menos que al dominio universal, de que no hizo misterio Felipe II ni sus dos inmediatos sucesores. A tal altura rayaron los bríos de nuestra España.

Esto atrajo contra ella formidables cruzadas para amortiguarlos con perpétuas guerras, lo cual, por un efecto contraproducente, solo servian para acrecentar esos mismos bríos. Asi se explica que no obstante la necesidad de resistir todo el empuje de la Europa coaligada, todavía le sobraran alientos para expediciones tan formidables como las

que envió á Tunez y La Goleta en mil quinientos treinta y cinco, (1) y contra Inglaterra en mil quinientos ochenta y ocho, noventa y seis y noventa y siete; ó bien para auxiliar con sus escuadras á la Francia, á la provincia de Bretaña, á Génova, á Venecia, á Roma y á otros diferentes pueblos, segun que entraba en el cálculo de su política.

Solo la *Invencible*, que es la segunda de las enunciadas expediciones, causó mas sustos á la Inglaterra, que la invasion misma de Guillermo el Conquistador; (2) y es bien seguro hubiera echado sus áncoras en el Támesis y enseñoreádose de sus aguas, á despecho de Drake y de sus brutales, si los elementos no se declararan hostiles en daño nuestro. Las miras de Felipe II, en este alarde de su poderio, sabido es no fueron otras que vengar el agravio recibido en los socorros facilitados por la Inglaterra á los flamencos y al pretendido rey de Portugal, el Prior de Ocrato (su política de siempre;) y aqui tenemos que admirar el gran temple de alma de aquel monarca. Cuando el duque de Medina-Sidonia fué á darle cuenta del desastre de la *Invencible*, halló al rey escribiendo; este sin dejar la pluma, luego que el duque hubo terminado su relato, despidiole diciendo: os he mandado á luchar con el hombre, no contra los elementos.

A tal punto llegó nuestra preponderancia, lo mismo en la guerra que en la política, que nada se intentaba con buen éxito sin el beneplácito de la España. Las sucesiones de dominio,

(1) Esta expedicion se componia de cuatrocientos buques con quince mil infantes y trescientos caballos; y su triunfo más positivo está en los veinte mil cristianos cautivos que recobraron su libertad.

(2) Llamósele la *Invencible* por el número y dimensiones de los buques que la componian. Estos eran ciento treinta con 3.165 cañones y 59.120 toneladas. Sus tripulaciones ascendian á 8.756 marineros y soldados; las tropas de desembarco á 20.739 hombres. Además llevaba 1.200 esclavos.

Los buques que opuso la Inglaterra á la *Invencible* fueron ciento noventa y siete con 29.744 toneladas y 15.785 marineros.

las conquistas, todo cuanto pudiera causar perturbacion ó alteracion en los límites geográficos, necesitaban de su exequatur, si habian de tener alguna garantia de seguridad. De otro modo sucedia lo que ocurrió en Portugal á la muerte del Cardenal Rey D. Enrique, en mil quinientos ochenta.

En las grandes empresas marítimas de coalicion contra la *Media luna* le vemos siempre ocupar el primer puesto. Hasta qué punto supo merecerlo digalo por ejemplo, la batalla de Lepanto, la más sangrienta y de mayor trascendencia que se dió sobre los mares, cuyo triunfo decidieron nuestras históricas galeras. Allí el valeroso D. Juan de Austria, aferrando la suya con la capitana enemiga, inicia gloriosamente la victoria levantando en la punta de una pica la cabeza del famoso Ali. (3) La Iglesia hizo tan alto mérito de esta batalla que instituyó en memoria de ella una fiesta particular bajo la advocacion de Nuestra Señora de las Victorias la cual se celebra el primer domingo de Octubre. (4)

Hasta en las paces hemos de ver los efectos de esa misma preponderancia. El tratado de Cambray, llamado tambien de las *damas*, (5) llevó consigo, entre otras ventajas para España, la renuncia de Francisco I de Francia á sus derechos sobre la Italia, y la entrega por parte de éste de dos millones de escudos de oro, por el rescate de sus dos hijos

(3) La armada cristiana se componia de 208 galeras y algunos otros buques: la de los turcos de 285 galeras. De estas fueron apresadas 130, quemadas 25 y echadas á pique 30. Los enemigos muertos ascendieron á treinta mil y los prisioneros á diez mil y quinientos. Además se rescataron quince mil cristianos.

De nuestra parte tuvimos siete mil muertos y quince mil heridos.

(4) En esta batalla fué donde perdió la mano nuestro inmortal Cervantes, peleando como simple soldado.

(5) Llamóse asi por que fué negociado secretamente por Margarita de Austria tía de Carlos V y Luisa de Saboya, madre de Francisco I.

que habia dejado en rehenes del cumplimiento del tratado de Madrid, en virtud del cual obtuvo su libertad. En el de Chateau Cambresis (1.599) vemos á esa misma Francia entregar á España noventa plazas que poseia en Italia, á cambio, solo de tres que esta le habia tomado en su mismo territorio, Metz, Toul y Verdun.

Avancemos tres siglos; vengamos al reinado de Carlos III, cuando la Inglaterra, fuerte ya con su Marina, habia dejado su sistema de emboscadas, aunque no de sus arterias, para salir á disputarnos el centro de los mares y veremos á la España de Felipe II, enervada en la debilidad Marina á la vida de sus mejores tiempos

No hace muchos años: todavía viven entre nosotros quienes recuerdan cuando íbamos á desafiar todo el formidable poder de la moderna Albion á sus mismas playas, y á encerrar sus escuadras dentro de sus mismos puertos. Aún nos admira el mundo recordandolas dos gigantescas luchas de mil setecientos sesenta y dos y mil setecientos ochenta entre dos naciones igualmente grandes y poderosas, en rivalidad sobre el imperio de los mares.

La independencia de las Colonias inglesas en la América es otra prueba, no menos evidente de lo mucho que aun se hacia pesar tambien nuestra política en el mundo.

Esto es lo que sucedia cuando poblábamos el mar con nuestras escuadras y el pabellon nacional era paseado en sus mástiles por la vasta extension de uno y otro hemisferio. La España de Carlos I, Felipe II y Carlos III es indudable debió tal engrandecimiento más que al número de sus arcabuces, más que al empuje de sus bayonetas, á ese poder flotante ya se le considere como auxiliar de los ejércitos de tierra, llevándole de una á otra parte y abriéndole camino con el fuego de sus cañones, ya como elemento de fuerza llamada á decidir en trascendentales contiendas. Cuánta sea la eficacia de esta verdad, todavía la veremos resaltar más en el estudio de otros tiempos, de otras épocas que forman